

tir profundo con los colores de la bandera de Francia proyectada en los paisajes españoles, conjugándose en la feliz tradición de introspección paisajística inaugurada por el diario de Amiel que

pusiera Galdós de moda en España y tuviera en Unamuno y Bello dos de sus mejores estilistas: «entonces el buen español [...] sueña la patria como los propios franceses se la figuran: una colina de tie-

rra roja, de tierra sevillana, cercada por una tapia blanca en pleno sol, bajo un cielo de apasionado añil, en cuya purísima esplendidez brilla una rama de naranjas de oro» (133).

## La eterna modernidad de la rosa

Manuel CARBAJOSA AGUILERA

Universidad Pablo de Olavide (Sevilla) • manuelcarbajosa@hotmail.com

DEL VALLE, Adriano: *La rosa y el velocípedo*. Ed. y pról. de José María Barrera López e Ignacio Izquierdo del Valle. Renacimiento. Sevilla, 2022. 228 pp. (Col. Antologías; 128)



DE la mano de José María Barrera López e Ignacio Izquierdo del Valle, la editorial Renacimiento alumbró *La rosa y el velocípedo*. Antología poética, de Adriano del Valle. Autor relegado en las referencias de la Generación del 27 y acotado a las vanguardias (7-10), interviene –por ejemplo– en la fundación de revistas como *Grecia* o *Papel de Aleluyas*. Presenta una obra dispersa en multitud de colaboraciones, relativamente tardía en cuanto a la publicación en libro, circunstancia acompañada con aquel espíritu general de retornos tras la eclosión vanguardista, aunque en el caso de nuestro autor

sin perder el impulso rupturista en las imágenes, aun recurriendo a un utilaje verbal de honda perspectiva.

Componen esta Antología: *Primavera portátil* (1934), *Lyra Sacra* (1939), *Los gozos del río* (1940), *Arpa fiel* (1941), *La innumerable (poema)* (1954) y *Oda náutica a Cádiz* (1957); culminando con un capítulo dedicado a la *Obra póstuma* y otro a la *Poesía dispersa*. Cierra con una «Bibliografía poética» que abarca desde 1934 a 2007.

En *Primavera portátil* (escrito entre 1920 y 1923) lanza: «La luna hunde en el río / su cangilón de cristal» (38). Retrata al río

Guadaíra: «¡Narciso melancólico a su modo, / icterico de líquenes y yedra, / que va empastando nubes sobre el lodo!» (40). No escapa de la paleta de Del Valle el color del fango, albero en el Guadaíra, rosa en el Guadalquivir; tan significativo en el Barbi-zón sevillano de la Escuela Paisajista de Alcalá, un fango siempre inquietante, como decía Eliot. En «La Divina Pastora» escribe: «La liebre azul del arroyo / corre entre los juncos verdes; / de la escopeta del alba, / ilesa, asustada viene» (45-46), mostrando hondura y brillantez plástica ante esa Pastora que «sobre los hombros del río / en andas va de cristales» (47), poema orlado con glosas. Pintor de palabras, nuestro autor presenta una hermosa descripción de una tarde de toros en Sevilla (58-62). En «Mundo sin tranvías» nuevamente siembra glosas lazadas en paréntesis: «(En cien alhambras de luna / ataujías de cristal. / Las flechas de los arroyos / hacen del río un carcaj)» (63), o en alarde de dulzura: «(Y la Virgen, bordadora / corta ya, con su tijera / de plata, la Primavera / del bastidor de la aurora)» (65). Entre

tanto, en el hidroplano «las hélices en flor, saltan, en vuelos» (64). En «Piloto observador», el navegante barajaba «[...] los naipes de los vientos» (68), mientras el sol, «tendiendo la almadraba de sus luces», se repliega, esperando que en lontananza el alba llegue «desguazando la noche de esplendores» y la luna vire ya desmantelada «por la ronda nocturna de los pinos» (70-71). En «Tempestad» se pregunta: «En el festival del aire / ¿quién pone puertas al viento?» (73). En *Arco iris*, «de los ijares del río / la luna salpica aljófares» (76) y en «Poema portátil», «[...] el río, en su besana de cristales, / unce el apero rojo de los puentes» (77). Plásticos trasfondos escénicos para un erótico y humorístico «El rondador (Écija)» (79-82).

En *Lyra Sacra* (1939) la delicadeza recorre toda su pulsión religiosa, destacando ese comienzo hermosísimo del segundo bloque: «Por Judá quiebran albores» (92), mientras José, trabajando, «mide con varas de nardos / la fragancia de un clavel» (93). La tercera parte abre con un tono que nos recuerda a Juan Sierra:

«¡Qué Purísima en el cielo / su Pureza virginal, / Pura y Limpia Concebida, / por designio celestial!» (96).

En *Los gozos del río* (escrito entre 1920 y 1923 y editado en 1940), contrasta a los pescadores de cañas con la modernidad en el Guadalquivir «al abrevar los tranvías / en su orilla urbanizada» (101). Brillante esa pincelada de faluchos sin prisa por Sevilla «en sombra celeste y plata» (103), culminando con: «Abrevadero de toros / fuiste ayer por la mañana; / hoy te abrevan las esclusas, / las turbinas de las fábricas, / y tus monedas tartesas / aparecen en tus dragas» (103), que nos evoca al luminoso cuadro de Santiago Martínez, *Dragas en el Guadalquivir* (ca. 1940). En la fábula de la rosa y el velocípedo, que da título a la antología, Adriano se recrea en el diálogo entre la gloria eterna de la rosa y la modernidad inexcusable, sin renunciar a ninguna.

En *Arpa fiel* (1941), dentro de «Fidelidad a España», *ubi sunt* en paisaje moguereno con «Romance del espantapájaros». En «Fidelidad a Italia», Adriano despliega su amor de rotundas claridades a

Roma, a Nápoles, a la isla de Capri «donde el limón se injerta en caracola» (119), a Sicilia y a su embriagadora lentitud (aquel «deseo de inmovilidad voluptuosa» al que alude Lampedusa en *El Gato pardo*). Le siguen «Fidelidad a la poesía» con un homenaje a Garcilaso y a Bécquer; y «Fidelidad a los amigos», con *En la muerte de un amigo*, dedicado a Falla en recuerdo de Lorca, o a Villalón: «Fernando murió muy lejos / del Guadalquivir natal, / río de taurinos peces, / que, en garrochas de cristal, / dando el salto del trascuerno, / saltan el testuz del mar» (132).

La hermosura se hace verbo al abordar el tema de la mujer. Así, con *La in-nombrable (poema)* (1954), la sensualidad y la belleza se armonizan en versos cuajados de elegancia y pasión, como por ejemplo, ese «corza de amor a orillas / de la noche del Limbo / sin árboles» (136) que desata la apoteosis de

una batalla de amor: «[...] Casi música / era tu voz alzada / con su cáliz abierto / recibiendo el aljófara / de la luna», «[...] Tú brotabas, / de ti misma manando / tu ser en lunas frágiles, / multiplicando trozos / de luz entre tus voces», «empujando el cadáver / de un jazmín hacia el eco / del final de tu voz», «y los brazos amantes, / reptando por el viento», «que sube al trino alto / y a la más alta estrella, / de suspiro en suspiro / por la escala del eco» (142-148).

Con *Oda náutica a Cádiz* (1957) canta: «y el levante espolea a los delfines / en sus ecuestres saltos» (153), mientras en todos sus alrededores «pugna el olor agrícola / por convertirse en náutico» (159).

En *Obra póstuma* sobresale «Memoria enamorada»: nueva muestra de pasión en «Eros bajo techo» —qué elegante ese «¡Amor mío!» empañando los espejos, «que tropieza en el techo / de la casa, que vuela / hacia el cielo,

un centímetro...» (184)— y «Aparición del beso».

En *Poesía dispersa*, destacan «Oda a D'Annunzio» (dedicada a Isaac del Vando-Villar); «Elegía a la tarde»; «Alba» (a Pedro Garfias); «La caza del pájaro azul» (a Rogelio Buendía); «Canción lejana» —«Yo quiero / columpiar mis miradas de un lucero» (206)—; «Naufragio» —«Tú y yo / los dos asidos / a dos interrogantes...» (209)—; «Silencio» (a Norah Borges); «Nocturno de luna y agua»; «La luna sobre el tejado»; «Romance de Fiebrabras» (a Fernando Villalón); culminando con «Madrigal»: «el río va a remolque de tu risa» (217).

Estamos ante una hermosa antología que nos muestra al inquieto espíritu de Adriano del Valle retratando, gozosamente, las verdades inaprensibles de aquello que se dicta justamente a golpe de latido en esta armoniosa conjunción de tradición y futuro, de rosa y velocipedo.